

# HONDURAS: SITUACIÓN ACTUAL Y PERSPECTIVAS POLÍTICAS

GUSTAVO ADOLFO AGUILAR B.

## INTRODUCCIÓN

Las violentas revueltas de las tres primeras décadas de este siglo, que caracterizaron la vida política y social de Honduras, han sido transformadas en una "calma" y "tranquilidad" basadas en la imposición militar. Aquélla y ésta no son más que elementos de una misma estrategia: la estrategia imperialista que ha conformado, en gran medida, las singularidades que diferencian las estructuras sociales de los países centroamericanos.

Actualmente, los acontecimientos cercanos de Nicaragua y El Salvador y los síntomas de tempestad de Guatemala, han hecho más notoria la contradicción entre explotadores y explotados, entre burguesía y masas obreras y campesinas pobres, en Honduras.

Esos acontecimientos han despertado, por un lado, las esperanzas de liberación de las masas irredentas: "Éstas son cada vez más conscientes de que sus conflictos de clase tienen una dimensión que rebasa las fronteras nacionales, para identificarse cada vez más con la lucha que los pueblos libran contra el imperialismo"<sup>1</sup> y por otro, han inducido a la unidad de la burguesía agraria, comercial e industrial, apoyada por la alta jerarquía del aparato gubernamental y bajo la hegemonía de las compañías transnacionales.

Es indudable que los procesos en los otros países centroamericanos tendrán una gran influencia en Honduras, pero que el desarrollo de las contradicciones internas y la cohesión y unidad de las fuerzas que se oponen al sistema y al régimen imperante jugarán un papel fundamental en la futura transformación económica, política y social del país.

Actualmente se observan síntomas de un acelerado proceso de polarización de fuerzas, que tienen como causas inmediatas los fenómenos políticos

<sup>1</sup> Gustavo A. Aguilar B. "Hacia la militarización de la sociedad civil", en *Revista Estrategia*, n. 26, a. 5, v. 5. México, Publicaciones Sociales Mexicanas, marzo-abril, 1979: 95.

de los países vecinos y las elecciones de una asamblea constituyente, prevista para abril de 1980.

Estas elecciones, inscritas en el marco de legitimación de gobiernos militares a nivel latinoamericano, han sido preparadas fraudulentamente, lo cual ha creado un clima social de animadversión a nivel general, pero especialmente en los sectores progresistas del país.

### LA SITUACIÓN ECONÓMICA Y POLÍTICA

Los indicadores convencionales de la riqueza o miseria de los pueblos, nos dicen que Honduras está colocado en la penúltima posición de pobreza en el continente americano, es decir, que salvo Haití, es el país con el ingreso promedio por individuo más bajo en América Latina.

Esta situación de por sí dramática, se vuelve más intolerable en razón de la concentración de la riqueza en pocas manos, especialmente de compañías transnacionales que desde principios de siglo explotan los recursos naturales y humanos hondureños.

Siendo su economía eminentemente agropecuaria, las relaciones de producción en el campo son uno de los factores principales que explican su atraso y dependencia y a la vez las formas de actuar de los grandes consorcios extranjeros en lo que se ha dado en llamar "economías de enclave".

La agricultura hondureña funciona, en las diversas etapas del proceso productivo, subordinada tanto a los enclaves bananeros, como a otras inversiones en agroindustrias e infraestructura para la exportación.<sup>2</sup>

Honduras posee una población de 3 millones de habitantes, distribuidos en 112 088 kms. cuadrados. Sobre aproximadamente 350 000 familias que constituyen la población rural del país, 200 000 no tienen tierra y esa gran masa campesina constituye el proletariado rural de las empresas agrícolas capitalistas nacionales y transnacionales, el semiproletariado o proletariado estacional de empresas que contratan personal temporalmente, los precaristas, y en fin, el ejército de reserva de un país económicamente atrasado y dependiente. Organismos oficiales calculan que alrededor de dos terceras partes de la fuerza de trabajo está parcial o totalmente desempleada.

De 180 000 predios agrícolas que hay en el país, 120 000 son ocupados por igual número de familias campesinas en calidad de minifundios, ya

<sup>2</sup> Enrique Astorga Lira. "Modelos marginales de reforma agraria en América Latina: el caso de Honduras", en *El economista mexicano*, v. 12, n. 5, septiembre-octubre, 1978.

que apenas ocupan el 12% de la superficie total en fincas. Si lo anterior lo comparamos con el otro extremo (667 propiedades, equivalente al 0.3% del total de fincas, ocupan el 28% de la superficie), tendremos "el esquema latifundio-minifundio, característico de la estructura agraria latinoamericana".<sup>3</sup>

Ahora bien, lo que hace diferente la situación de Honduras es que, en el lado de las grandes fincas, se encuentran compañías transnacionales, concretamente norteamericanas, como propietarias.

Solamente a partir de los años 50, y como en todo Centroamérica, se produce el fenómeno de la diversificación agrícola, como consecuencia de la demanda del mercado internacional en el auge postbélico.

Lo anterior provoca la transformación de la hacienda tradicional en explotación capitalista de ciertos productos, el establecimiento de relaciones salariales generalizadas y una tendencia creciente en la concentración de la tierra.

El crecimiento natural de la población y la expulsión de grupos de trabajadores agrícolas de grandes extensiones de tierra y cuya explotación, altamente capitalista, ha incidido en las formas de tenencia y utilización por parte de nacionales del resto de las tierras cultivables del país.

Efectivamente, el éxodo masivo de trabajadores del campo hacia la Costa Norte de Honduras, donde se asentaron a principios de este siglo las "compañías bananeras", produjo en el interior del país por un lado, la conservación de la hacienda del tipo heredado de la colonia y por otro, que éstas se dedicaran a una explotación extensiva o permaneciesen ociosas.

Sus pequeñas parcelas van conformando ese gran contingente campesino que vive en condiciones de subocupación y/o subsistencia y que determina los conflictos más agudos de los últimos años en Honduras.

O sea pues, que tendríamos como estructura agraria en Honduras, en primer lugar, las compañías norteamericanas, productoras de bananos y otros productos agrícolas para los mercados extranjeros; en seguida, los grandes y medianos terratenientes, productores de café, carne, etc., estrechamente ligados al capital transnacional en la comercialización externa de esos productos; y, finalmente, la gran masa campesina, con poca o ninguna tierra, que vende su fuerza de trabajo estacionalmente o cultiva artículos para su consumo y comunidades de negros marginados, que se dedican a la agricultura de subsistencia y a la pesca.

Ese sector ha sido conformado en gran medida por los enclaves bananeros, ya que sus exportaciones han llegado a constituir hasta el 90% de las exportaciones totales del país.

<sup>3</sup> Mario Posas, *Política estatal y estructura agraria en Honduras. (1950-1978)*. (Mimeografiado).

Siendo además la punta de lanza del capitalismo transnacional, en el proceso de desarrollo subordinado de la economía hondureña, ha sido el eje alrededor del cual han girado todas las demás actividades, constituyendo el mecanismo más claro y descarnado de la dependencia estructural de un país respecto del imperialismo norteamericano.

El mote despectivo de *Banana's Republics*, fue casi seguramente inspirado en el caso hondureño.

No es necesario reseñar todas las argucias, crímenes, desmanes, etc., que la adquisición de tierras por parte de las compañías extranjeras significó; baste señalar, que a pesar de las tendencias recientes de la inversión extranjera hacia actividades menos riesgosas que la producción agrícola, la Tela Railroad Co. y la Standard Fruit Co. siguen siendo propietarias de las mayores extensiones de tierra, que por supuesto, son las mejores del país.

Se estima que las tierras susceptibles de ser cultivadas alcanzan 3.8 millones de hectáreas, siendo la superficie bajo cultivos anuales y permanentes de casi 635 mil hectáreas.

La Standard Fruit Company y la Tela Railroad Company, las dos compañías fruteras que operan en el país, disponen en conjunto de 122 850.3 hectáreas, lo que representa el 19.3 por ciento de la superficie cultivada en el país, con el agregado de que en esa superficie se localizan las mejores tierras.<sup>4</sup>

La década del 50 marca una fractura importante en la economía hondureña: diversificación de la producción agraria para la exportación, reconversión de la hacienda de tradición española en empresa agrícola capitalista, incremento de las relaciones salariales en el campo, cambios propiciados desde el exterior en los organismos monetarios y financieros y, sobre todo, agudización de las contradicciones entre los obreros y las grandes compañías bananeras norteamericanas, por las condiciones de explotación que éstas imponían al proletariado a su servicio.

Punto culminante de este conflicto es la huelga de mayo-junio de 1954, que por su contenido fundamentalmente economicista, determinó por un lado el establecimiento de las primeras leyes laborales en Honduras y, por otro, el despido masivo de trabajadores (más del 50%) y una rápida readaptación de los procesos productivos a las técnicas más modernas, para producir los mismos volúmenes con la mínima cantidad de mano de obra, lo que de paso desquiciaba la emergente lucha de clases.

En 1962 se emite la primera ley de reforma agraria, que tiende fundamentalmente a la recuperación de tierras ilegalmente ocupadas y la promoción de la explotación capitalista del agro, y plantea teóricamente la pros-

<sup>4</sup> Enrique Astorga Lira, *Ob. cit.*, p. 74.

cripción del latifundio, y la expropiación de tierras ociosas de propiedad privada.

El movimiento huelguístico de 1954 originó la creación de sindicatos de trabajadores cuyas demandas fundamentales eran de tipo económico: aumento de salarios, reducción de las jornadas de trabajo, vivienda, etc.

Hábilmente, sus líderes natos fueron siendo eliminados o reclutados para entrenarse en los Estados Unidos en asuntos sindicales. Esto provocó que las organizaciones obreras más fuertes del país fuesen ligadas directamente a la ORIT (Organización Regional Interamericana de Trabajadores), y por su intermedio a la AFL-CIO, central sindical estadounidense.

Junto con la ley de reforma agraria se crearon también, las primeras organizaciones campesinas, que aun siendo dirigidas por líderes "charros", han jugado un papel importante en el proceso de desarrollo del país en los últimos años.

En 1963, un golpe militar pone fin a uno de los pocos gobiernos electos libremente en Honduras, el de Ramón Villeda Morales. Habiendo sido dicho gobierno de tipo reformista y con una alta dosis de demagogia a todos los niveles, su derrumbe provoca reacciones que fueron desde intentos "foquistas" hasta (y esto es fundamental) una alta concientización política de las masas trabajadoras organizadas.

Así, en el contexto de una agudización creciente de la lucha de clases, a finales de la década, las organizaciones populares tienen una participación activa en la vida política del país; a tal grado que el gobierno, altamente represivo en sus inicios, toma características populistas que se refuerzan después de la guerra con El Salvador.

Durante este mismo periodo se producen diferencias en el interior de la burguesía.

A partir de 1958 y con la creación del Mercado Común Centroamericano, un instrumento deformado por la intervención norteamericana, las pequeñas industrias de los países involucrados, deben transformarse para competir en la región. Así es como surgen grupos modernizantes que tienen conflictos con los partidarios de los "mercados cautivos", y precisamente esas fracciones se evidencian políticamente a finales de la década del 60 y principios de la siguiente a través de los partidos tradicionales.

Un ensayo "a la colombiana" se inicia en 1971, pero ese intento de gobierno bipartito es eliminado en diciembre de 1972 por el mismo militar que encabezó el golpe de Estado de 1963. Paradójicamente este cambio fue implícitamente aceptado por las masas organizadas, ya que el anterior gobierno fue el marco de una creciente corrupción administrativa, y el nuevo inició su gestión con medidas de carácter populista.

El golpe de estado de diciembre de 1972 marca no sólo la crisis, aún

no resuelta, del estado oligárquico hondureño, y la cancelación a mediano plazo de la solución bipartidista, demoliberal, de acceso al poder, sino que también representa un punto de inflexión en la acción de los partidos políticos tradicionales en relación a sus seculares bases sociales, obreros y campesinos.<sup>5</sup>

Efectivamente se produce un cambio cualitativo importante, las demandas populares dejan de plantearse a través de los partidos políticos tradicionales que se desprestigian en el ensayo mencionado. “Al superar las limitaciones de una lucha reducida a los reclamos económicos, la organización sindical se convierte ante los ojos de los trabajadores en el vehículo más inmediato y directo para canalizar su participación política. Otro tanto sucede con las organizaciones campesinas.”<sup>6</sup>

A partir del golpe de Estado de 1972, se inicia un proceso político, basado en reformas económicas y sociales primarias, pero cuyo solo enunciado manifiesta y acelera las contradicciones de clase, veladas hasta entonces por la propaganda burguesa de la “armonía entre el capital y el trabajo.”

Los militares hondureños definen su proyecto de reforma agraria como “el quehacer fundamental” del gobierno. Este planteamiento, organizado con medidas inmediatas de afectación de tierras nacionales y ejidales en manos de terratenientes y latifundistas, determinó en seguida la unión de medianos y grandes terratenientes, hacendados, propietarios de agroindustrias, ganaderos y las compañías transnacionales, asentadas en el país desde principios de siglo, para oponerse con todos los medios a su disposición a tan “arbitrarias” medidas, y, además despertó en las grandes masas desposeídas y explotadas del país la ilusión de cambios fundamentales en la estructura económica.

Un gobierno de tipo “populista”, ubicado entre esas dos fuerzas antagónicas y sin una idea clara de sus objetivos, ya que pensaban en “modernización del sistema” y jamás en cambios profundos, fue víctima de sus propias contradicciones y de sus contradicciones con la clase de la cual era representante, es decir, de la burguesía nacional e internacional.

La composición del Estado cambia, eliminando del aparato gubernamental a los partidos tradicionales Liberal y Conservador. Los militares buscaron una base social de masas, pero de masas trabajadoras, a través de los dirigentes de la burocracia sindical obrera y campesina.

La burguesía comercial y agrícola emprendió una campaña abierta contra el régimen militar que presidía Oswaldo López Arellano, quien se había rodeado de un grupo de funcionarios progresistas y que conjuntamente con

<sup>5</sup> Mario Posas. *Ob. cit.*, p. 27.

<sup>6</sup> Víctor Meza. Diario *Tiempo*, 18 de mayo de 1976.

un sector de oficiales jóvenes del ejército pretendían implantar medidas reformistas, para consolidar el apoyo de las masas obreras y campesinas.

Ese gobierno fue derribado por las fuerzas conjuntas de la burguesía nacional e internacional en abril de 1975, llegando al poder un grupo de militares encabezado por Juan Alberto Melgar, quien inicia su gestión administrativa desatando una campaña contra los campesinos organizados. Este movimiento represivo tiene su más relevante símbolo en la matanza de Los Horcones, donde militares, terratenientes y ganaderos asesinaron a dirigentes campesinos, estudiantes universitarios y dos sacerdotes extranjeros, hecho que fue aprobado por la burguesía nacional a través de algunos de sus dirigentes más connotados.

En una etapa ulterior de la represión, el movimiento obrero organizado fue el siguiente objetivo del gobierno reaccionario. Los poderosos sindicatos de la Costa Norte fueron siendo neutralizados mediante organizaciones paralelas que gozaban del apoyo gubernamental, es decir, una versión del "charrismo", o bien, mediante la intervención directa de los militares en las luchas sindicales.

Simultáneamente se evidenció un proceso de corrupción gubernamental de alcances extraordinarios. Altos oficiales del ejército fueron señalados como participantes de tráfico de drogas, enriquecimiento ilícito, sobornos por parte de las grandes compañías internacionales, etcétera.

La necesidad de una base social que no estuviera en desacuerdo con ese tipo de situaciones, determinó que el gobierno de Melgar fuese sustituido por un gobierno mucho más reaccionario, el actual, a cargo de Policarpo Paz García, el que delega parte de las funciones administrativas del Estado en el Partido Conservador. Éste se dedica a crear condiciones electorales fraudulentas para legitimar el poder de los militares y de sus miembros en el gobierno.

El paso más reciente para lograr el control total del país y de sus fuerzas de vanguardia, ha sido la creación, actualmente en proceso, de las llamadas Juntas Regionales de Desarrollo, mediante las cuales se pretende militarizar a la sociedad civil. Estos mecanismos de poder serán una especie de miniestados dirigidos en forma absoluta por un militar, quien solamente deberá rendir cuentas ante sus superiores jerárquicos de la institución castrense.

Esta situación da claras muestras de una agudización cada vez mayor de las contradicciones entre la burguesía y su aliado gubernamental, por un lado y, por otro, las fuerzas populares.

El desarrollo tardío del sector industrial es otro elemento a considerar.

Su participación en el PIB pasó de 7% en 1950 a 17% en 1978. Por supuesto, tiene las características de una industrialización deformada y dependiente. Las empresas más importantes son subsidiarias de empresas ex-

tranjeras o controladas por el capital extranjero. Materias primas, maquinaria, combustibles, etc., son importadas y la "maquila" ya es un hecho en las llamadas "zonas francas".

La producción fabril, destinada al mercado interno, está constituida fundamentalmente por bienes de consumo.

El año 1975 fue un periodo particularmente difícil para la economía hondureña: catástrofes naturales, la caída de precios de sus principales productos de exportación y, en fin, la crisis generalizada del sistema, determinaron un acelerado proceso de endeudamiento público que alcanza actualmente niveles dramáticos.

"Para el año 1977, el servicio de la deuda externa de Honduras ascendía a la cantidad de 100 millones 50 mil dólares anuales, cifra que representaba entonces el 17 por ciento del valor total de las exportaciones del país."<sup>7</sup>

Este proceso de endeudamiento continúa en forma acelerada por el déficit creciente de la balanza de pagos, lo que aunado a la irrupción de las empresas transnacionales en casi todos los rubros de la economía<sup>8</sup> y el control casi total de la banca por los grandes bancos norteamericanos, determina un proceso creciente de desnacionalización de la economía hondureña.

¿Cuáles son las repercusiones sociales de la situación económica y política brevemente esbozada?

Siendo de por sí muy bajo el ingreso per cápita, no refleja la verdadera situación. El 45% de la población apenas recibe el 9% del ingreso nacional; y se ha logrado determinar que en grandes sectores de la población, particularmente campesina, el ingreso anual por habitantes es apenas de 30 dólares.

Lo anterior es la causa principal de lo que ocurre en la educación, salud, nutrición, etc.

El 50% de la población es analfabeta. La deserción escolar es enorme. En el nivel primario, de cada 100 niños que ingresan al primer grado, apenas 14 logran egresar del sexto. Las condiciones de enseñanza son variadas, pero para los grandes sectores marginados, son muy malas: hacinamiento, falta de materiales escolares, etc.

"Diversos estudios realizados en el país muestran que la prevalencia de la desnutrición en la población menor de 5 años es de 75%, lo que para 1977, significa en términos absolutos 490 000 niños desnutridos. Aproximadamente el 67% de la población tiene una dieta insuficiente (...)"<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Víctor Meza. *Honduras: economía o sociedad*. Mimeo.

<sup>8</sup> Grandes proyectos estatales están siendo financiados y manejados por consorcios internacionales.

<sup>9</sup> Secretaría Técnica del Consejo Superior de Planificación Económica. Plan de alimentación y nutrición, Tegucigalpa, D. C. Noviembre de 1978. Honduras.

Faltan más de 250 000 viviendas y las condiciones de un alto porcentaje de las existentes son pésimas. Proliferan los tugurios, cuarterías, barrios marginados, en condiciones infrahumanas.

Este somero cuadro de la situación hondureña indica que las perspectivas de solución de sus problemas básicos, se planteen en el campo de las luchas de liberación que libran la mayoría de los pueblos del capitalismo del subdesarrollo y que, por lo tanto, es responsabilidad de las fuerzas progresistas impulsar los cambios de estructura de la sociedad hondureña.

### HONDURAS Y LA NUEVA FASE DE LA LUCHA

La vecindad geográfica y antecedentes históricos comunes de Honduras y Nicaragua han determinado que la gesta sandinista no fuese ajena a la sociedad hondureña. Por otro lado, el triunfo de la revolución nicaragüense tendrá grandes repercusiones en las luchas sociales de toda el área.

Efectivamente fueron muchos los hondureños que acompañaron al *General de hombres libres* Augusto C. Sandino en su lucha antimperialista: Juan Pablo Umazor y Santos López son nombres de hondureños que pelearon al lado de aquél por la liberación de Nicaragua. En 1960, en los inicios del proceso reciente, dos jóvenes estudiantes hondureños, Héctor Zelaya y Tomás Palacios, murieron luchando contra la Guardia Nacional en la batalla de El Dorado.

Durante las dos últimas décadas los pueblos de Costa Rica y Honduras, especialmente la clase trabajadora y los estudiantes, jugaron un papel importante en el aprovisionamiento y movilización de las fuerzas sandinistas al través de esos países.

Los países centroamericanos han seguido sus propios procesos históricos que han conformado estructuras sociales distintas. Estas diferencias han sido particularmente acentuadas por las diversas formas de inserción subordinada al capitalismo mundial. Sin embargo, su común historia colonial, su particular ubicación geográfica en el continente y la común explotación imperialista, hacen que aparezcan rasgos semejantes.

El origen de los problemas centroamericanos es, en la fase imperialista del capitalismo, el mismo; pero las situaciones que se han producido en lo que va de este siglo tienen matices que las hacen claramente distintas de país a país.

La lucha de clases en cada una de las naciones de la región presenta características, niveles de desarrollo y perspectivas diferentes.

Las condiciones objetivas eran semejantes hasta el triunfo del movimiento de liberación de Nicaragua: superexplotación de las masas trabajadoras del

campo y la ciudad, desnutrición, analfabetismo, déficit habitacional, elevada mortalidad infantil, etcétera.

La lucha de clases en cada país sigue sus propios cauces. En Guatemala, un largo proceso de enfrentamiento de las clases populares al aparato estatal, representante de las burguesías nacional y transnacional, que adquiere características de lucha de liberación a partir de la invasión del país patrocinada por el Departamento de Estado norteamericano, que puso fin a los gobiernos progresistas de Arévalo y Arbenz en la década del cincuenta. En El Salvador, tuvo connotaciones trágicas a principios de la década de los treinta y actualmente tiene un repunte violento, en el que las fuerzas populares actúan con una conciencia política altamente desarrollada.

En el caso de Honduras, la contradicción principal se manifestó con nitidez en la huelga que los trabajadores bananeros llevaron al cabo en 1954 contra las compañías transnacionales que desde principios de siglo se instalaron en el país, en contubernio con la débil burguesía local y la oligarquía terrateniente.

Es significativo el hecho de que esa huelga, que marca un hito en el proceso de desarrollo social del país, se haya realizado contra compañías extranjeras. La estructura social de Honduras está conformada por una dependencia estructural absoluta respecto de los Estados Unidos, ya que prácticamente toda su actividad económica depende de los capitales norteamericanos, contrariamente a lo que ocurre en los otros países del istmo.

En esos distintos contextos histórico-sociales el proceso revolucionario de Nicaragua indudablemente influirá, pero también de diferente manera.

Las primeras manifestaciones en Honduras han sido de denuncia más vigorosa de la corrupción gubernamental, de la represión y de las maniobras fraudulentas del gobierno militar para legitimar su mandato a través de elecciones previstas para 1980.

Durante la lucha armada contra Somoza, grandes oleadas de nicaragüenses —especialmente campesinos, y familias de bajos recursos— se refugiaron en Honduras, lo que provocó naturalmente una vivencia muy acentuada del fenómeno y que, en grandes sectores de la población, dejara la clara conciencia de que no se trataba simplemente de derribar a un tirano, sino que era un conflicto que involucraba los mismos intereses que explotan desde principios de siglo los recursos naturales y humanos de Honduras, es decir, los intereses del imperialismo norteamericano.

En otras palabras, la lucha insurreccional nicaragüense ha hecho evidente a grandes sectores de la sociedad hondureña quién es el enemigo principal. Esta lección de la realidad es fundamental en el desarrollo y consolidación de las fuerzas que deberán conducir la lucha por la liberación del país.

Son claras al respecto las declaraciones iniciales de los dirigentes sindicales "oriteros", aliados al Estado y por su medio a la burguesía, pidiendo a la Junta de Reconstrucción Nacional de Nicaragua "llamar lo más pronto posible a unas elecciones generales", mientras que las masas obreras y campesinas y los estudiantes exigen de inmediato al gobierno militar de Honduras el reconocimiento pleno de la Junta y "no presentarse a las maniobras intervencionistas y contrarrevolucionarias promovidas por el Pentágono".

Los grupos de oposición al gobierno castrense han hecho pública su inconformidad con las maniobras tendientes a su legitimación y en el contexto creado por el proceso de cambio que vive el pueblo nicaragüense, hacen ver a los militares que "si esto sigue, Honduras vivirá un proceso similar a Nicaragua".

La unidad demostrada por los sectores que integran el FSLN debe hacer ver con claridad a los grupos de izquierda de América Latina la necesidad absoluta de su integración en la lucha antimperialista. En el caso hondureño esa unidad es de extrema urgencia.

Es un país en que la organización de las masas obreras y campesinas en lucha por sus reivindicaciones económicas, ha superado con mucho a las actuales organizaciones políticas que debieran conducir la lucha de clases hacia objetivos de cambio revolucionario.

Existen los organismos de izquierda, pero hasta la fecha no han logrado la superación de contradicciones secundarias que les permita trazar planes comunes en la lucha contra el enemigo principal.

Es posible que el ejemplo de los luchadores nicaragüenses permita romper esa crisis política para que las fuerzas hondureñas genuinamente revolucionarias asuman el papel histórico que les corresponde, es decir, la vanguardia del proletariado urbano y rural unificado, lo que a su vez permitirá alianzas con otros sectores sociales proclives al cambio que conduzcan a la liberación económica, política y social del país.